

## **Alájar**

**12 de mayo de 1939**

El candil se aferraba a la mano del hombre como si la vida le fuese en ello. Su brazo se mantenía firme y apenas un minúsculo temblor delataba el peso que ejercía la vieja lámpara de metal sobre la articulación de su cuerpo. Su misión tal vez fuera la de mayor importancia. La noche comenzaba a abordar al cabezo que los acogía con cierto temor. La luna lucía casi en su totalidad, pero su luz se hacía insuficiente y las sombras de los espigados árboles comenzaban a prolongarse más allá de sus raíces, como si quisieran abandonar la estampa que acontecía al resguardo de sus envejecidas raíces. El día que había envuelto las laderas del verde paisaje con un calor sofocante se había marchado al caer el sol, dejando paso al frío que suele acompañar a la noche. El hombre del candil se mantenía erguido a un lado, dando luz y presencia a la escena que acontecía ante sus ojos. Su respiración era muda, casi tanto como la de las otras dos sombras que lo acompañaban en la siniestra estampa. Sus ojos viajaban de un rostro hacia el otro, intentando descifrar el difícil lenguaje de la mirada. Ninguno de los tres articulaba palabra. El silencio hacía rato que se había apoderado de la situación y sólo algún animal a lo lejos se atrevía a perturbar la densa capa de mutismo que se había tejido al resguardo de aquella tapia. El hombre que daba su espalda al muro del camposanto se mantenía en pie, frente por frente del futuro verdugo que sostenía entre sus manos la mortífera arma. Al amparo de la escasa luz que aportaba el vetusto quinqué, los dos hombres trataban de mantenerse las miradas, desafiando a la oscuridad que asistía a la noche. Una suave brisa quiso acompañar la imagen, como si el aire frío no quisiera perderse tal acontecimiento; acarició los rostros de los tres hombres, saludándolos a su manera, haciéndose partícipe de lo que estaba a punto de suceder. A pesar del hálito que acompañaba a la escena, un sudor frío comenzó a descender por la engurrugada frente del hombre que se encontraba de espaldas al muro, sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta de pana con delicadeza y, sin dejar de mirar al portador del alargado fusil, se secó las incómodas gotas de sudor. Lanzó el pañuelo al suelo. Ya no volvería a utilizarlo. Introdujo la mano izquierda en otro de los bolsillos de su pantalón, extrajo un cigarrillo y unas cerillas. Miró a su verdugo y le hizo un leve gesto con la cabeza, pidiendo su aprobación. Su

enemigo no puso objeción. Esa sería la última voluntad de un pobre campesino, la última petición de un hombre que ve cerca el final de sus días. Acercó el cigarrillo a sus labios temblorosos, tratando de sujetarlo con firmeza, pero no le fue posible, el pitillo se movía al mismo tiempo que temblaba su inquieto labial. Prendió una de las cerillas y la aproximó hasta su boca, pero antes de que el cigarro comenzara a prender la corriente de aire que surcaba la montaña apagaba la cerilla impidiendo el cometido del trozo de palillo. Hicieron falta un par de intentos más hasta que al fin los pulmones del hombre pudieron acoger en su interior el aroma tan característico que desprende el tabaco. No había prisa por llegar a la colilla. Las caladas se sucedían lentamente, saboreando cada gramo de nicotina que se adentraba en su pecho al igual que el humo salía por su nariz con la misma parsimonia con la que entraba. El hombre del fusil, al igual que el del candil, aguardaba en silencio, respetando los últimos instantes de vida del condenado a muerte. El campesino los miraba con recelo, angustiado porque el cigarro que sujetaban sus curtidos dedos se consumía, y con él lo hacía su existencia. Se lamentaba, porque ahora que había tocado a su final esta absurda guerra, ahora que se suponía que había pasado lo peor, llegaba la hora de su muerte. Dejaba en este mundo a su mujer, a su hijo, animales y tierra. Su vida había transcurrido en la mayor de las humildades, ajena a los lujos y las ostentaciones. Una vida llena de trabajo y sacrificio. Todo por su familia. No se arrepentía de nada de lo que había hecho, ya que nada malo le podía reprochar su conciencia. Su único delito había sido dar cobijo a su hermano, un rebelde, un maqui, lo llamaban. Pero, para el pobre campesino, sólo se trataba de alguien que llevaba su misma sangre.

Conocía a los dos hombres de vista. Seguramente serían vecinos de algún pueblo cercano. Eran tiempos difíciles donde un hombre podía estar sentado un día al lado tuyo en la barra de cualquier taberna, tomando un chato de vino, y al día siguiente podía estar apuntándote a la cabeza con un arma. La tierra que uno poseía tenía más valía que su vida. Ahora que la guerra había acabado, comenzaba otra diferente, una más sucia que la finalizada. Viejas rencillas o simplemente intereses, todo servía para acabar con la vida de una persona. No existía humanidad ni moralidad alguna, y menos aún en los lejanos pueblos de la sierra, alejados de la civilización, y sin más ley que la dictada por la pólvora de un arma.

El cigarrillo se consumió a pesar del esfuerzo del campesino por prolongar el final. Exhaló la última bocanada de aire y miró la colilla como si quisiera

culparla del fin de sus días. Los dos hombres que permanecían en pie, aguardando aquel momento, se miraron entre sí, el del candil hizo un leve gesto con la cabeza transmitiendo una orden concisa e inexorable. Había llegado el instante de acabar con esa agonía. La noche no cesaba en su empeño de envolver con su manto oscuro la escena que tenía lugar al resguardo del cementerio. La brisa se hacía más gélida y la luna se escondía por momentos entre algunas nubes desorientadas que se cruzaban en su camino, tratando de cubrirse, evitando ser testigo del suceso. El campesino arrojó la colilla al suelo, escupiéndola con desgana y maldiciendo su suerte. Se quitó la gorra que envolvía su poblada cabellera y la colocó entre sus manos. Miró con cierto temor al frente y trató de aguantar la mirada de aquel hombre. Pensó en echarse al suelo, arrodillarse tal vez y pedir clemencia por su vida, rebajarse lo increíble con tal de sobrevivir, pero sabía que aquello no resultaría y ya que tenía que morir, que mejor manera de hacerlo que con la cabeza bien alta, orgulloso de si mismo, y no regalarles a esos dos hombres la triste imagen que produce la humillación.

Llega un momento en la vida en la que hay que mirar a los ojos a la muerte, admitir que forma parte de nuestra existencia y que sólo es cuestión de tiempo que ésta venga en nuestra búsqueda. El momento de aquel hombre había llegado, tal vez antes de lo que a él le hubiera gustado, pero así es la vida, uno no puede escoger cuando deja de formar parte de este mundo. Simplemente llega el momento, y hay que aceptarlo o resignarse.

El hombre que estaba situado frente al campesino tomó el fusil y lo apuntó sobre su hombro derecho, ladeo la cabeza hasta apoyarla sobre la culata, cerró uno de sus ojos y con el otro apuntó hacia su objetivo, el pecho de aquel campesino que ya olía a muerto. Su brazo izquierdo se encontraba extendido, sujetando el peso del arma, el dedo índice de su mano diestra se encontraba alojado en el gatillo, ejerciendo una presión cada vez mayor. Apreció como una, tal vez dos gotas de sudor, resbalaban por su rostro. La guerra había sido larga y ese hombre no sería el primero al que mataría. La diferencia estribaba en que aquello no era una trinchera, y su enemigo no se encontraba armado. Había matado, pero a soldados armados que le disparaban. Había matado para ganar una posición, para defenderse, en un campo de batalla durante la guerra. Ahora era diferente. Aquel hombre que se encontraba frente a él era un pobre campesino desarmado cuya mirada clamaba clemencia y cuyo único pecado fue acoger en su casa a su

hermano. Dudó un instante. No se sentía un asesino, aunque, tal vez, tras una guerra tan larga y agotadora, puede que se hubiera convertido en eso que nunca quiso ser. Trató de dejar la mente en blanco, no quería pensar más, su único propósito era acabar su misión y regresar a casa, junto a su familia. Apretó el gatillo al mismo tiempo que cerró los ojos tratando de evadirse de su culpa, como si así consiguiera que aquel crimen pasara a manos de otro. Un estruendo resonó en el silencio de la oscura y fría noche, varios pájaros volaron despavoridos del lugar, temiendo que ellos fuesen los siguientes en caer. Hasta el viento resopló por un instante con más fuerza, como si quisiera llevarse consigo el grito que lanzó el pobre campesino o el crujir de huesos al impactar el plomo con su desfallecido cuerpo. Al abrir los ojos, el verdugo pudo presenciar la agonía que acompañaba al hombre que yacía sobre el suelo retorciéndose de dolor, tratando de coger todo el oxígeno que fuese posible para seguir viviendo un segundo más. Observó el hilo de sangre casi inapreciable que comenzaba a dibujarse por la comisura de sus labios. Pudo ver como su víctima trataba de taponarse la herida que se vislumbraba en su pecho con las palmas de sus manos, como si tal gesto fuera a surtir efecto. El verdugo permaneció inmóvil, sin articular movimiento, incapaz de reaccionar ante la agonía que soportaba el campesino. El portador del candil se acercó unos pasos hasta llegar a los pies de la persona que agonizaba, y consciente de lo cerca que se encontraba su final sacó la pistola que colgaba de su cinturón, apuntó a la cabeza del hombre y se oyeron dos disparos más que terminaron de romper la densa capa de silencio que hasta hace sólo unos minutos envolvía a la apartada colina. El hombre que yacía sobre el cada vez más gélido paraje dejó de exhalar la fría brisa que acariciaba su rostro. Sus manos ya no ejercían ninguna fuerza sobre la herida que asomaba por su pecho, y sus piernas cesaron en su empeño de seguir con vida. Sólo la rojiza sangre seguía brotando y dando un toque de color al verde que se alzaba ante los pies de los dos hombres. Sólo el líquido espeso seguía mostrándoles el resultado de su dudosa gesta, enseñándoles el camino que conduce hacia la muerte... el sendero que lleva al silencio eterno.